



Recibir a los hermanos, gesto fundamental de fraternidad

Materiales para el cuarto encuentro de formación permanente
Diciembre de 2017

Contenido

- I. Introducción.
- II. El valor de la recepción-acogida.
- III. La práctica del amor que acoge.
- IV. Los hermanos que reciben y los hermanos recibidos.
- V. Momentos especialmente delicados para recibir al hermano.
- VI. Guía para el encuentro de operarios.

I

Introducción

El plan de animación de la Hermandad propone a los operarios para este año dar testimonio de nuestra fraternidad. A través del cuarto encuentro de formación permanente queremos reflexionar en el umbral de la vida fraterna, que es la actitud de recepción y acogida a los hermanos. De la calidad de la acogida depende en muchas ocasiones el bienestar de los operarios en el equipo y también la imagen positiva que transmitimos a los demás.

Al iniciar nuestro tema es interesante releer las palabras de Mosén Sol, que imaginaba el efecto que nuestra vida fraterna tendría entre los sacerdotes diocesanos:

“Si al acercarse a nosotros, a nuestros Colegios, ven en nosotros deferencia de unos a otros, y aun espíritu de obediencia, al mismo tiempo que santa alegría [...]

Si perciben, porque no podrán menos de percibirlo, que no sólo estamos dedicados a la tarea exterior y visible del cuidado de las vocaciones, sino que tenemos nuestra forma de vivir, y que estamos regulados y metodizados, si es permitida la expresión, se formarán de nosotros un respetuoso concepto. Y verán que hacemos nuestras visitas al Santísimo, y que a ciertas horas guardamos el silencio o hablamos bajito, o que nos reunimos alguna vez, sin duda para algún acto de reunión, o sabrán que los practicamos no sólo sin ostentación, sino casi sin que se perciban; todo este conjunto de conducta y actos exteriores religiosos u ordenados, nos traerán un buen nombre religioso, sin ser religiosos.

Y sobre este comportamiento y estos actos externos, pesa la prescripción del Reglamento, si nos posesionamos bien de él y de su espíritu, y por lo tanto se deduce la obligación de nuestra fidelidad al mismo, hasta la delicadeza si queremos que el nervio del espíritu de la Hermandad se mantenga”¹.

¹ Escritos I, 5º, 36.

II El valor de la recepción-acogida

Unas cuantas palabras... para una preciosa realidad

Este tema formativo está muy bien delimitado por su título, *recibir a los hermanos, gesto fundamental de fraternidad*, y se presta a muchas consideraciones valiosas.

En efecto, tanto el marco y nivel *fraterno* como el carácter *acogedor* del gesto, indican la puesta en marcha de una relación de amor tipificada como "de hermanos" que ha de caracterizar la vida y el actuar del operario de un modo particular como miembro de la "Hermandad". Y el calificativo "fundamental" alude a algo que se pone desde el principio (*fundar* como iniciar), y que permanece sustentando la relación fraterna (*fundar* como sustentar).

Si nos acercamos al tema a través del verbo central, *recibir* a alguien, inmediatamente evocamos una constelación de palabras, y realidades, que están implicadas en el campo del amor en un *continuum* que va desde el "atender" (prestar atención y servir), pasando por "aceptar" y "acoger", hasta llegar a las bastante comprometedoras "albergar" y "hospedar", que aparecen casi como un incorporar al "recibido" a la casa familiar, asimilarlo a la familia, la máxima expresión de la recepción y la acogida. Que, por lo demás, es lo que correspondería a un "hermano".

Es claro que estamos hablando en todos estos casos del amor al otro en una de sus manifestaciones concretas.

La literatura tradicional de la Hermandad no trata específicamente este tema ni en estos términos. Pero puede asumirse ciertamente como un capítulo imprescindible de la fraternidad sacerdotal e incluso de la más elemental fraternidad cristiana².

Con esta premisa, y para situar bien el tema, es esencial considerar cómo funciona el amor especialmente en el gesto de *recibir*.

² Inspirado en una lectura general de MANENTI, Alessandro. *Vivere insieme, Aspetti psicologici* (Edizioni Dehoniane: bologna 1998); DÖRR-ZEGERS, Otto. *Fenomenología del amor y psicopatología*, en *Salud Mental* 28-1 (México 2005), 1-9; ELREDO DE RIEVAL. *La amistad espiritual* (Montecarmelo: Burgos 2014²); FROMM, Erich. *El arte de amar* (Paidós, Barcelona ed. de 2017); INNENARITY, Daniel. *Ética de la hospitalidad* (Península: Barcelona 2001); LAÍN ENTRALGO, Pedro. *Teoría y realidad del otro* (Alianza Editorial: Madrid 1983); LEPP, Ignace. *Psicoanálisis de la amistad* (Carlos Lohlé: Buenos Aires 1991); PRIETO LUCENA, Antonio. *De la experiencia de la amistad al misterio de la caridad* (Publicaciones de la Facultad de Teología "San Dámaso": Madrid 2007); ROMERO IRIBAS, Ana María. *El estatuto antropológico de la amistad y su dimensión social: perspectivas para el siglo XXI* [Tesis doctoral] (Pamplona 2015); STAGLIANÓ, Antonio. "Cieli nuovi e terra nuova". *L'accoglienza: dimensione ontologica della comunità cristiana*, [Consultado el 25/11/2017] en <http://www.webdiocesi.chiesacattolica.it/cci_new/documenti_diocesi/131/2009-10/02-221/Ospitalita-accoglienza%20Miagrantes%20relazione.pdf>

Una espiritualidad de la acogida

El amor lo preside todo en la vida de un cristiano, de un sacerdote y de un operario. Se trata, por supuesto, de la caridad, que es el máximo amor y que fluye ininterrumpidamente de lo alto, porque viene de Dios, de Dios que es amor-caridad (Cf. 1 Jn 4,8.16). La acogida a los hermanos presbíteros es un gesto de caridad pastoral.

En Dios comienza el amor y comienzan *la receptividad y la acogida*. Efectivamente: ya en el seno de la Trinidad bulle la entrega y la acogida mutua de las Personas Divinas, esa "*conversatio*" de la que hablaban, con tanto regusto teológico, San Ambrosio y San Agustín, por ejemplo y con sentido espiritual San Ignacio de Loyola. Una acogida que, incluso en el acto libre de la creación, constituye, y al mismo tiempo se realiza como un acoger y sostener en su realidad propia todo lo que es.

Desde el punto de vista de la cristología, la encarnación es, en cierto modo, una muy particular acogida de la humanidad por parte del Dios-Verbo-Hijo (la "unidad unificante" de que hablaba Karl Rahner, entre otros). ¡Se trata siempre de este gran amor!

Iniciamos nuestra reflexión por aquí para encuadrar mejor la acogida hacia el hermano, porque desde el amor divino incondicional, ininterrumpido y puro, que nos alcanza en Cristo y se humaniza, nosotros mismos somos continuamente acogidos por el Padre en la familia de los hijos de Dios. Y no es posible ser y ejercer de hermano sin ser y ejercer de hijo del mismo Padre.

Y, de esta manera, ser, saberse y sentirse acogidos continuamente por Dios es el principio que alienta y configura íntimamente nuestra caridad hacia todos, y nuestra disponibilidad a acoger y recibir. Es en esta situación donde el amor de Dios hacia nosotros impulsa y sostiene nuestro amor hacia los otros, y el amor divino se transmuta en nosotros en amor que puede ya hacerse fraterno (Cf. 1 Jn 4,12.16; 1 Ts 4,9). La lucidez de Cristo nos ofrece particularmente en el discurso de la última Cena esa interconexión amorosa (Jn 15,9-12) del Padre al Hijo, del Hijo a sus "amigos", de los "amigos" entre sí, que se hacen y son hermanos.

Todo esto funda una *espiritualidad de la acogida* que está expresada en algunos temas que se desarrollan a continuación.

Nuestra receptividad a los hermanos

Este planteamiento "alto" coloca el gesto de recibir a los hermanos en su referente adecuado: el de la *caridad fraterna*.

Efectivamente, el origen divino, profundo e íntimo, de este amor explica que el gesto de acogida no esté dirigido sólo por motivos humanos dominados por el agrado o el desagrado, la compatibilidad o no de las personalidades, la concordancia o no de los intereses, etc., aunque estos elementos influyen en toda relación, y también en sus momentos iniciales.

Es cierto que no todos nos atraemos, nos "gustamos", o nos comprometemos con los otros, con cualquier "otro", de la misma manera, y en toda circunstancia. La psicología es lúcida cuando presenta la diversidad de los motivos en las aproximaciones entre las personas, y sus resultados finales en las relaciones humanas. Y nosotros

mismos experimentamos todo esto y somos testigos de nuestras propias atracciones y repugnancias cuando se trata de amar al prójimo. Si este tipo de sentimientos y actitudes, puramente humanos, fuera la motivación dominante, nunca podríamos tener una relación estable con nadie que no estuviera presidida por alguna forma de autosatisfacción y egoísmo.

La caridad divina pone a salvo el amor humano en su raíz, y lo mantiene benevolente, incondicional... y vivo. Y pone a salvo, así, la fuente de la acogida.

Pero así como remitimos a Dios el origen último de este amor, es necesario reflexionar también sobre el *origen próximo de este gesto de amor en nosotros mismos* y de cara al otro: nuestros motivos, disposición y expresión amorosa en el gesto de recibir. ¿Qué espíritu nos mueve cuando recibimos a otro? Y ¿qué carga de amor va en ese gesto?

Esto hay que plantearlo explícitamente y no darlo por supuesto, porque más allá del gesto visible de recibir, tiene que haber un contenido de amor consistente. No deberíamos confundir jamás la acogida fraterna, infundida del amor en Cristo, con un gesto de mera y vaga filantropía o de sociabilidad educada. O como una pose puramente diplomática o un "marketing" personal que responde a otros motivos e intereses.

En el entramado de nuestras relaciones cotidianas con los demás podemos desviar el sentido auténtico de esas relaciones, enmascaradas detrás de los gestos. Ninguno de nosotros es inmune a estas insidias de nuestros egoísmos. Aquí hace falta, pues, un discernimiento espiritual sobre sí mismo y sobre las propias actitudes de fondo frente a los hermanos, antes de plantearse cualquier otra cosa respecto a las formas de los gestos de acogida. Mis gestos de receptividad verdadera del otro son proporcionales a la sinceridad de mis actitudes de amor por los otros. Esto es casi matemático.

Recibir es iniciar el amor y fundarlo

La receptividad y la acogida son el *primer* gesto del amor, su comienzo, gesto que se mantiene a lo largo de la relación amorosa, especialmente cuando se vive en comunidad y la relación se estabiliza y prolonga en el tiempo. Recibir al hermano es dar inicio al amor fraterno. Como suele suceder en otras situaciones, en este inicio de las cosas está, muchas veces, el "secreto" de su perduración. El refrán popular es bastante acertado: "lo que bien empieza, bien acaba". Por lo demás, la primera impresión condiciona mucho.

Por cierto, la receptividad sólo es posible si se han superado esas *tentaciones típicas de toda relación* que se dan en ciertas circunstancias y en ciertas épocas de la vida, si no permanecemos atentos y bloquean, ya en su punto de partida, cualquier acogida: el aislamiento vital y ministerial; la indisposición al encuentro por prejuicios de cualquier tipo; la comunicación con el otro controlada exclusivamente por el rol; y los problemas de personalidad no resueltos, y que se manifiestan en el "mal carácter" y la displicencia en el trato. Si no nos encontramos y nos comunicamos, y si nos comunicamos mal ¿cómo podemos acogernos y fraternizar?

El carácter "inicial" de la acogida presupone que se dé una *predisposición positiva* por parte del que toma la iniciativa de acoger, y una inevitable asimetría (no siempre hay reciprocidad real a los gestos de acogida. Lo sabemos bien...). Esta pre-disposición, esta actitud originaria, tiene varias características entre las que destacan éstas:

- *La esperanza del amor posible*: creer en el amor, en sus posibilidades y en su futuro, es una *conditio sine qua non*, para cualquier relación fraterna. Sin esto, nada se pone en marcha. Tampoco la actitud de recibir arranca sin ella.
- *Una incondicionalidad y generosidad de base*. En una primera recepción del hermano el amor de caridad nos lleva a emitir una especie de cheque de fraternidad en blanco, una aceptación "original". Recibir es tomar la iniciativa, abrir la puerta, tender la mano. Y, hay que reconocerlo, eso que pasa al principio pasa también en los sucesivos encuentros: muchas veces hay que volver a recibir al hermano desde el olvido y el perdón de las ofensas, como en una nueva primera vez. Una generosidad reiterativa. Es indudable que esto requiere un salir de sí mismo y de los propios intereses, y dejar de lado predisposiciones negativas. ¿Será esto posible sin la caridad?
- *Una disposición a acercarse... y a dejar acercarse*. La búsqueda de proximidad es una característica típica del amor e intrínseca a él. Y por eso, una inevitable condición del acto de recibir. Pocas cosas perjudican más a la fraternidad que no hacer nada para acercarse los unos a los otros. Otra amenaza al amor fraterno y a la actitud receptiva es el talante esquivo o huraño que aleja, itambién en el hermano! Por eso importa también "acoger la acogida": hay una parte que corresponde al que es acogido. Este aspecto de las cosas recuerda el tema típico entre nosotros, los operarios, de la "apertura de corazón". Si bien es cierto que esta *apertura* hace relación a la transparencia personal ante los hermanos, y a la capacidad de acoger la corrección fraterna (que incide en algún aspecto negativo en el corregido, hecha con intención y modalidad fraterna), no es aventurado extender la apertura de corazón en el sentido positivo de la accesibilidad al amor fraterno del otro. La apertura es para todo, y abrirse al otro implica también dejarse querer.
- *La voluntad de expresar aquí y ahora el amor de acogida*. Está claro que el amor no puede quedarse al nivel de un puro sentimiento o actitud interior: tiene que expresarse y salir al exterior de la persona. Así, es natural que se den los gestos de recepción y acogida que dan a conocer al otro que lo estamos recibiendo.
- *Recibir las correspondencias del otro*: cuando el otro responde a nuestros gestos con palabras, gestos, objetos, etc., expresiones de su amor, recibirlos con gratitud es también una maravillosa manera de acoger al hermano.

A partir de la aceptación del otro se inicia una relación novedosa en el intercambio del amor que puede convertirse en fraternidad y comunión, llamados a crecer y pulirse continuamente, especialmente en el equipo de Hermandad. Esta receptividad del otro es el *primer paso* en un posible itinerario y una aventura de amor, asunto que formará parte de los próximos temas formativos.

III

La práctica del amor que acoge

Las condiciones del gesto acogedor del amor

En cuanto la actitud amorosa de recibir al hermano se hace concreta y real, surgen algunas expresiones que son la consecuencia natural del hecho encarnatorio del amor, al que aludíamos al principio. Y precisamente por "encarnado", lo primero a considerar es la traducción corporal de la actitud amorosa fraterna. La teología y la psicología del cuerpo tienen algo que decir al respecto. Algunas observaciones al respecto nos pueden ayudar a captar la idea:

- *Acoger es abrir la comunicación:* hay que enviar a los demás alguna señal para que aparezca visiblemente nuestra voluntad de acoger. Aquí es importante la palabra, y es la forma de comunicación más explícita y clara. El modo de llamar a otro (por su nombre), de dirigirse a él, el tono de voz, etc., indica el grado de receptividad que tenemos hacia él. Como también lo indica la capacidad de escuchar con atención, mucho y activamente: a veces, acoger es callar y escuchar. Pero también importa el lenguaje gestual, quizás más aún que el verbal. El lenguaje gestual es más poderoso de lo que solemos creer por su espontaneidad y por su capacidad de traslucir los sentimientos más auténticos. Especialmente la primera vez que acogemos a un hermano (situación que condiciona, muchas veces, casi todo lo que seguirá: la primera impresión es muy impactante). La disposición del cuerpo es elocuente (alguna biografía de Don Manuel, recoge datos de sus contemporáneos que aluden a su modo de inclinarse hacia los necesitados, su forma de extender los brazos, de mirar, etc., gestos de una acogida cálida que llamaba la atención)³; la forma de mirar, sonreír, hablar; la manera en que se da la mano o se palmea la espalda o se abraza, etc., todo ello tiene un alcance mayor del que solemos pensar para expresar la acogida... o el rechazo.
- *Acoger es acercarse:* este aspecto está ligado al anterior. Es verdad que vivimos una época en que la proximidad se obvia cada vez más con el acceso a Internet, y a las redes sociales, y se reemplaza con mucha comunicación superficial a través de emails y WhatsApp, que no ayuda tampoco mucho, por muy continua que sea esa comunicación y se la aderece con emoticones. Este tipo de proximidad virtual jamás podrá fundar sólidamente un trato interpersonal real y efectivo. No es suficiente para ningún amor. No se puede decir que no sirva para nada, pero no basta. Para acoger, hay que acercarse. Y la recepción real se da en el encuentro cara a cara. Hasta Jesucristo forzó, a su manera, a la hemorroísa a encontrarse dando la cara ante él, para que se diese la plenitud de la fe y del milagro (Cf. Mc 5,32-34). La teología sacramental da una enorme importancia a este dato de la presencialidad, de la interacción humana como vehículo de la acción divina. Acercarse no es sólo reducir distancias, implica también algunos

³ Cf. JAVIERRE, José María. *Reportaje a Mosén Sol*, 322.

gestos concretos que involucran todo el cuerpo, como sentarse juntos, caminar juntos, visitarse... y esto puede ponerse en práctica en nuestros equipos.

- *Acoger es dar tiempo*: disponer del propio tiempo es uno de los aspectos de la vida de los que nos mostramos más celosos. Por eso mismo, dar tiempo a los demás, sin demasiados cálculos, es una victoria del amor sobre el egoísmo, y favorece, sin duda, el encuentro y la acogida. En la vida ordinaria de los equipos hay algunos momentos particulares en los que importa mucho recibir bien al otro y hacerle sentir hermano: al encontrarse por primera vez en la mañana, al juntarse para comer o para orar y en las celebraciones litúrgicas y en la concelebración eucarística, al iniciar el momento de ocio compartido o las reuniones de equipo, etc. Todo primer encuentro es una nueva acogida. Y el tiempo que se le dedica es signo de amor fraterno y familiar.
- *Acoger es crear y acondicionar espacios*: los varones, en general, no solemos ser muy cuidadosos con los detalles relativos a los espacios físicos. Pero reservar espacios adecuados para el encuentro es sin duda una manera apropiada de recibir al hermano, y debemos favorecerla. Sobre todo, si se llega a la máxima expresión de la acogida como es el caso de hospedarlo cuando nos visita. Los ejemplos bíblicos de hospitalidad son modélicos y muestran una coherente continuidad: desde Abraham, con los ángeles en Mambré hasta figuras como Zaqueo (Cf. Lc 9,5), el trío de amigos Marta, María y Lázaro (Cf. Lc 10,38), etc., y el propio Cristo (particularmente en esa acogida final grandiosa en la "Casa de su Padre", Jn 14,2).

La espiritualidad de la hospitalidad se ha prolongado en la historia completa de la Iglesia en múltiples formas, con la perspectiva doble de acoger a Cristo en el otro, y de acoger como Cristo al otro⁴. Unida a este modo de recibir al hermano, aparece también la *comensalidad*. La importancia de las comidas compartidas está en todas las culturas y en todas las épocas, y se hace particularmente preciosa, adquiriendo un relieve único en el evangelio y en la realidad máxima de la comensalidad eucarística. Este sentarse y comer juntos es para los operarios, por ejemplo, un momento precioso y único desde el punto de vista humano y de caridad fraterna. Incluso el detalle cálido de recibirlos en el pequeño comedor de la cocina es, en algunos lugares, signo de la máxima familiaridad, confianza y acogida. Por otra parte, los miembros de los equipos son siempre, en cierto sentido, huéspedes de sus espacios comunes, y por ese motivo también merecen todos compartir ese espacio como un ambiente apropiado, en una gran acogida comunitaria. El tema formativo anterior, que trataba el "clima fraterno", tiene aquí una realización especial. También por esta razón es importante tener casa común, y el *desiderátum* es que el equipo cohabite bajo el mismo techo⁵. Al respecto, también conviene señalar la relevancia del orden, la limpieza de esos espacios, la disponibilidad de cualquier recurso que sea necesario para vivir y

⁴ *Regla de San Benito*: 1. Recíbanse a todos los *huéspedes* que llegan como a Cristo, pues él mismo ha de decir: "*Huésped* fui y me recibieron" (Mt 25,35). 2. A todos dese el honor que corresponde, pero sobre todo a los hermanos en la fe y a los peregrinos.

⁵ Cf. *Estatutos*, 40.

desenvolverse adecuadamente allí, y hasta la estética decorativa: los cuadros, los muebles, las cortinas, etc., pueden ayudar a sentirse a gusto y atraer... o impulsar a salir corriendo.

Cuando releemos la historia de la Hermandad brilla de modo especial aquel encuentro de Don Manuel con Ramón Valero que centró tantas cosas en su ministerio. Acoger y hospedar a aquel joven puso en marcha una muy oportuna solución pastoral. Y supuso un paso importante en la configuración de nuestro carisma particular en la Iglesia. Todo ello fue posible porque existió la actitud de acogida, se expresó, y se dio el lugar y el tiempo adecuado para el encuentro. En resumen, porque Don Manuel acogió realmente en la caridad a ese joven, allí y entonces.

Cuando el hermano se aleja

Hasta ahora hemos reflexionado sobre el acto de acoger y recibir al hermano, que debería ser el talante espontáneo y habitual de todo operario y de la misma institución. Y, como hemos visto, recibir por los motivos "altos" de la caridad, que no son ajenos del todo a otras motivaciones humanas que entran en juego en la convivencia, pero se nutren íntimamente, siempre, del amor incondicional y benevolente que viene de Dios.

Y, sin embargo, estando en el mundo, no se debería descartar la posibilidad de que el hermano tenga que alejarse de su equipo, por una temporada, sin desearlo realmente, por un imperativo de la dura realidad. O que se retire definitivamente de nuestra institución o abandone hasta el ministerio por los más diversos motivos. O incluso que merezca ser apartado de nuestro equipo y de la institución por razones poderosas⁶. En estos casos, ¿cómo podríamos mantener la actitud de recibir al hermano, y en qué condiciones?

Ciertamente el que recibe puede seguir siendo acogedor, pues ya dijimos antes que esta actitud es asimétrica y originaria, y no depende, en principio, de la respuesta del hermano. Pero también dijimos que esta actitud requiere alguna esperanza en el fruto del amor.

Quizás haya algunas cosas que tener en cuenta, salvando la espiritualidad de la acogida en estos casos:

- *Respetar la libertad del otro para irse.* Una exigencia que nace de la dignidad personal y de la lógica de la caridad. Podemos actuar de muchas maneras para retener a alguien, y podrá doler mucho su partida, pero, al final, deberemos respetar su decisión. Y podrá "salir por la puerta" y, sin embargo, el espíritu de acogida nunca cerrará del todo esa puerta detrás de él. Acoger al hermano es también dejar caer la mano tendida y rechazada.
- *Salvar un mínimo contacto y una mínima comunicación:* las que permita la situación. Porque el amor fraterno no se rinde por el lado del que lo ofrece, precisamente por su carácter benevolente e incondicional. De todos modos, será inevitable una contracción de la comunicación y del amor, pero no se convertirá en desprecio, displicencia, o insensibilidad fría. El hilo de oro de la fraternidad

⁶ Cf. *Estatutos*, Título IV.

que une a los operarios nunca se rompe. Pero puede necesitar estirarse muchísimo. Y quedarse en un simple hilo.

- *Esperar y orar*: sólo Dios tiene el poder de resucitar la relación y hacer practicable la acogida. Volveremos sobre esta posibilidad más adelante.

IV

Los hermanos que reciben y los hermanos recibidos

La fraternidad del que acoge

A la hora de revisar nuestra vivencia de la fraternidad en lo que atañe a este tema, es posible aplicar la responsabilidad de recibir al hermano a varios "agentes acogedores" dentro de la Hermandad:

- *Cada operario:* como en tantas otras situaciones, lo fundamental es comenzar por la toma de conciencia de que cada operario es un agente de la acogida y la hospitalidad. No podemos trasladar a los "responsables" o al equipo una actitud que debe nacer de cada uno. Este es el punto más importante y central en este momento de la reflexión porque se trata precisamente de suscitar la revisión de la actitud de recibir y perfeccionarla. Y esto es responsabilidad de cada operario que ha de preguntarse: ¿Cómo estoy recibiendo a los hermanos? ¿Cómo puedo recibirlos mejor?
- *El equipo:* la acogida es también un gesto comunitario y no sólo interpersonal. Y en este ámbito se coloca particularmente lo que se reflexionó más arriba acerca de acoger en el espacio de la propia casa. No hay un gesto que ofrezca mayor familiaridad que la unánime hospitalidad del equipo⁷. ¿Nuestro equipo es percibido por los demás operarios como un segundo hogar para ellos?
- *El director del equipo:* es el operario-hermano más directamente responsable, en nombre de la Hermandad, en lo que se refiere a la vida fraterna⁸ y, cómo no, a la actitud de acogida por parte del equipo. Él garantiza la apertura del grupo a todos y promueve de modo especial las situaciones que favorecen el encuentro y la oportunidad de recibir al hermano. Especialmente lo debe hacer desde la filosofía de la abundancia, puesto que la caridad fraterna no es avariciosa. ¿Qué iniciativas ofrece en este terreno el Director de nuestro equipo? ¿Cuáles podría ofrecer?
- *Los que gobiernan:* es fácil suponer que lo que compete al director del equipo es una particularización concreta del gesto de recibir que se puede aplicar al Director General, a los miembros del Consejo y a los Delegados. Allí la fluidez de esta actitud acogedora es más extensa y más influyente y efectivo porque se hace desde la autoridad y se ofrece a todos.

Hacer sentir hermanos a los que recibimos

También es importante considerar las personas con las que nos encontramos y recibimos, y reflexionar sobre nuestra actitud fraterna que acoge. Hay varias situaciones interpersonales e intergrupales que merecen especial atención.

⁷ Especialmente para los sacerdotes que acuden a nosotros. Cf. *Asamblea* 21,1.4.

⁸ Cf. *Estatutos*, 62.

- *Los cercanos, los operarios del propio equipo.* No es ocioso recordar que "la caridad comienza por casa"⁹. Y existe ciertamente el riesgo de volcar hacia afuera lo que negamos dentro, en una especie de compensación inoportuna. Este aspecto es bueno destacarlo pues la fraternidad "hacia dentro" forma parte de nuestro estado vital normal como operarios¹⁰, y por el efecto de inspiración y modelaje que tiene sobre muchos otros grupos. Y esto vale igualmente para equipos de solo operarios o para equipos mixtos. Podemos tener este comportamiento acogedor con otros sacerdotes de la diócesis e incluso con sacerdotes transeúntes, que también debemos considerar "cercanos"¹¹.
- *Los operarios de los otros equipos, y los otros equipos como tales.* Ya hemos aludido antes a esta situación.
- *Los "cercanos" a los cercanos:* los familiares y amigos de los operarios son también objeto especial de acogida y hospitalidad¹². Y ha sido tradicional tratarlos así: como una familia de la Hermandad más amplia.
- *Otros sacerdotes, los aspirantes, los consagrados y los jóvenes:* son grupos que deben ser objeto particular de nuestra actitud acogedora, por el impulso del mismo carisma, que orienta la caridad fraterna y la caridad pastoral en esa dirección¹³.
- *Las personas con las que trabajamos, las que se acercan a nosotros, y con todos:* aunque el amor de acogida puede ser preferente respecto a algunos, no es exclusivo o arbitrariamente selectivo. No se puede improvisar con unos lo que no arraiga en la caridad para todos, especialmente los más necesitados, con los que la acogida es especialmente misericordiosa. Las ondas de la fraternidad que acoge alcanzan a todos y a cualquiera.
- *A los que nos gobiernan.* Una última nota necesaria en este punto: solemos hacer aplicaciones de las exigencias de la caridad a los que consideramos agentes, como si ellos no fuesen siempre, también, destinatarios de nuestra caridad fraterna. Y solemos responsabilizar más, con razón o no, a los que están "más arriba". Sin embargo, deberíamos revisar cómo acogemos a las autoridades, a nuestros Obispos, a nuestros Delegados, y a los miembros del Consejo Central¹⁴. Y para arriba..., porque también nosotros debemos recibir a estos hermanos "mayores".

Esta actitud de acogida, cuando se realiza bien, fortalece el sentido de identidad grupal e institucional, abre camino a una amistad más profunda, y refuerza los hábitos

⁹ Teniendo particularmente en cuenta, en el trasfondo, las fuertes palabras de 1 Tm 5,8: *Si alguien no tiene cuidado de los suyos, principalmente de sus familiares, ha renegado de la fe y es peor que un infiel.*

¹⁰ Cf. *Estatutos*, 3; 61-62.

¹¹ Cf. Es importante y orientadora la indicación de PO 8. Véase también *Asamblea* 18, 18; 19,7 y 21,1.4; *Plan de Animación de la Hermandad. Sexenio 2014-2020*, 40.

¹² Cf. *Plan de Animación...* 22.

¹³ Cf. *Plan de Animación...*, 45.

¹⁴ Cf. *Asamblea* 17,1.3.2.

positivos de la comunión. Tiene también un gran potencial ejemplar y multiplicador, pues es un signo particularmente luminoso en medio de una sociedad de solidaridades muchas veces interesadas, en la que se va propagando también un egoísmo indiferente e insensible, y se escamotea el encuentro y la acogida.

V

Momentos especialmente delicados para recibir al hermano

Ya hemos reflexionado antes sobre la actitud ordinaria de acoger al hermano. La coherencia de la caridad nos conduce a permanecer alerta ante esto, sin desfallecer, y nos lleva incluso a ser creativos al respecto. Pero hay *situaciones que piden mayor atención* y piden ejercer más intensamente este espíritu y esta actitud. Enumeramos algunas situaciones y momentos:

- *Durante la formación inicial en el aspirantado (o en el período de probación):* Tanto en el caso del que comienza su andadura hacia el sacerdocio, o el del que es ya sacerdote y quiere incorporarse a nuestra Hermandad, debe cuidarse especialmente la actitud de recibir al hermano. El amor concreto que experimenta entonces, no se olvida, y fácilmente se lo apropia para vivirlo¹⁵. En esta etapa, se modela y se hace posible cultivar una espiritualidad de la hospitalidad y de la fraternidad del equipo, que se prolongará durante la vida de operario. El primero que debe ser acogido y tratado como hermano "pequeño" es el mismo aspirante, al ingresar al aspirantado, en el que se puede imprimir desde el inicio esta actitud.
- *Al formarse un equipo o al cambiar de destino un operario:* es un momento delicado, que puede ser intimidante por las novedades y riesgos que encierra, y requiere extremar los gestos de acogida.
- *En las situaciones de crisis personal o grupal:* a veces son situaciones provocadas externamente por las circunstancias difíciles o riesgosas de una región o nación; o por una profunda crisis interna de las personas o de los equipos por variados motivos. En estos casos, si no se puede restaurar de ningún modo la paz esencial de la persona o del equipo, la respuesta de los otros operarios y equipos es la de acoger como quien presta asilo, y la urgencia del momento pide una acción clara de hospitalidad, que no da nada por perdido para siempre.
- *En la enfermedad y la ancianidad:* estas circunstancias inevitables de la vida ameritan una especial extensión de la caridad fraterna como acogida¹⁶. Más difícil y caritativa aun cuando la enfermedad toca la mente. Pero esta acogida debe ser útil también al que puede requerir una atención que no todos los operarios o todas las casas pueden prestar, y que pide cuidados especializados. La caridad fraterna iluminada desde la prudencia indicará la mejor solución. Y siempre quedará a los hermanos, como mínimo, y no es poco, la obra misericordiosa de visitar al enfermo.
- *Cuando se ha dejado voluntariamente el ministerio o el compromiso con la Hermandad y se quiere volver a él:* es un estado de cosas en el que no se puede

¹⁵ *Estatutos*, Especial importancia adquiere en estos años la preparación para el trabajo en equipo. En los Aspirantados debe existir un ambiente familiar que facilite el proceso de crecimiento y madurez en libertad, que fomente un verdadero espíritu de caridad y fraternidad. (Cf., también 39).

¹⁶ Cf. *Estatutos*, 69-70.

dejar de recibir luz de Lc 15,11-32. Pero es verdad que hay variantes en juego que merecen prudente discernimiento, y que no permiten actuar expeditamente una reconciliación y una nueva acogida en las mismas condiciones en que se dejó el compromiso: cuando consta que el que pretende retornar se está equivocando una vez más acerca de su ruta vocacional personal, reincidiendo en sus errores, dañándose a sí mismo, y perturbando la vida normal de sus hermanos; el del que quiere plegar a personas, grupos e institución a sus propios fines e intereses; el del que puede dañar los demás por distintas causas o a distintos niveles: la institución, los propios operarios o los fieles; etc. Siempre quedará la caridad dispuesta a recibirlo como hermano, pero sólo hasta donde la fraternidad real es posible, porque encuentra alguna contrapartida amorosa y no perjudica a terceros. El gesto se ofrece, pero queda a la espera de una garantía sólida de fraternidad. Y lo ofrece cada operario, cada equipo y la misma Hermandad como institución.

IV

Guía para el encuentro

1. Preparación personal

Estudio del tema y reflexión personal. Como se insiste en el texto, la recepción a los hermanos implica una actitud activa, tanto del que acoge como del que es acogido, que ha de responder positivamente al gesto fraterno. Para preparar este tema, además de la lectura personal, sería útil un examen de conciencia sobre las actitudes que cada uno de nosotros ha tenido en la vida fraterna. Más allá de la experiencia, más o menos positiva, que hayamos tenido en la vida de equipo, conviene apelar a la responsabilidad personal: ¿He ofrecido una verdadera acogida? ¿Me he dejado acoger? Al localizar aciertos y deficiencias al respecto, surge espontáneamente el arrepentimiento, que puede crear el mejor clima para la realización de este encuentro de formación permanente.

2. Apertura

Convocación del director del equipo.

Disposición. Al inicio de la reunión se pueden subrayar de modo particular los gestos de acogida fraterna: disposición del lugar, preparación de la cena o algún tentempié para compartir, recepción de las personas, etc.

3. Palabra de Dios

El texto de la Carta a los Romanos 12,9-16 es una exhortación a dejarse conducir por el amor, que tiene múltiples expresiones, entre ellas, la hospitalidad y la acogida mutua.

Después de la proclamación de la Palabra y de un momento de meditación, se puede leer el siguiente texto del decreto *Presbyterorum Ordinis*, que pone de relieve la acogida y la hospitalidad entre los presbíteros. En él se sitúan las asociaciones sacerdotales en el contexto de un único presbiterio, justo el ámbito para dar testimonio de la fraternidad.

Guiados por el espíritu fraterno, los presbíteros no olviden la hospitalidad, practiquen la beneficencia y la asistencia mutua, preocupándose sobre todo de los que están enfermos, afligidos, demasiado recargados de trabajos, aislados, desterrados de la patria, y de los que se ven perseguidos. Reúnanse también gustosos y alegres para descansar, pensando en aquellas palabras con que el Señor invitaba, lleno de misericordia, a los apóstoles cansados: "Venid a un lugar desierto, y descansad un poco" (Mc., 6, 31). Además, a fin de que los presbíteros encuentren mutua ayuda en el cultivo de la vida espiritual e intelectual, puedan cooperar mejor en el ministerio y se libren de los peligros que pueden sobrevenir por la soledad, foméntese alguna especie de vida común o alguna conexión de vida entre ellos, que puede tomar formas variadas, según las diversas necesidades personales o pastorales; por ejemplo, vida en común, donde sea posible; de mesa común, o a lo menos de frecuentes y periódicas reuniones. También han de estimarse grandemente y ser diligentemente promovidas aquellas asociaciones que, con estatutos reconocidos por la competente autoridad eclesiástica, fomenten la santidad de los sacerdotes en el ejercicio del ministerio por medio de una adecuada ordenación de la vida, convenientemente aprobada, y por la fraternal ayuda, y de este modo intentan prestar un servicio a todo el orden de los presbíteros (PO, 8).

4. Compartiendo la propia experiencia.

En un equipo de Hermandad suele haber experiencia acumulada, a veces positiva y a veces no tanto. Un operario hace la síntesis del tema brevemente. Después se abre un diálogo cuyo fin es compartir las experiencias en lo que se refiere a este recibirse unos a otros, procurando sobre todo elegir las experiencias positivas, que pueden ayudar a los demás a mejorar sus propias actitudes fraternas.

5. Mirando al futuro.

Ahora es el momento para mirar al futuro. Cada quien hará sus propósitos a nivel personal, pero se puede dialogar de cómo mejorar la acogida que brindamos a los demás en nuestro equipo, pensando en círculos concéntricos, a saber: los mismos operarios del equipo, otros operarios que puedan pasar por la casa, otros sacerdotes, los destinatarios de nuestra misión: seminaristas, jóvenes, comunidades parroquiales.